



LA DESTERRADA

ERA COMO el rugido del mar, y duraba hasta las once de la noche, a veces hasta más tarde. Abajo se oían los gritos de los hijos del capitán, viendo la televisión, y por encima, cubriendo todo, ese constante ruido, como si una carretada de piedras rodara continuamente cuesta abajo, llena de ecos. De vez en cuando eran silbidos, un cielo entero de globos que se desinflara de una vez.

Habían construido esa arena de box y lucha libre en las espaldas mismas del edificio, y desde hacía dos años eso ocurría regularmente, dos o tres veces a la semana. Se oía todo: los campanazos, las malas palabras y aun, en algún instante en que toda esa multitud se quedaba con la respiración suspendida, el flojo costalazo de los cuerpos. Luego volvía la ola, más fuerte que nunca.

De la familia, a uno de los muchachos le gustaban las luchas, al chico no. La hija se había acostumbrado tanto al ruido que ya lo consideraba apenas como otra clase de silencio. Y Leonor, más sensible, tal vez por vieja, no podía dejar de imaginarse que dos hombres se pegaban allá, hasta sangrarse, hasta medio matarse. Pensaba en las clases de catecismo, en el circo romano, en Fabiola, porque ahora su memoria recordaba todo aquello con más claridad que las circunstancias recientes.

Aprovechaba la noche para regar silenciosamente sus plantas. Arriba, todo el cielo se reducía a ese rectángulo sonoro, con un marco desconchavado de cal y ladrillos desnudos; por un lado se

Por Emilio CARBALLIDO

Dibujos de Juan SORIANO

erguían líneas negras de chimeneas y tuberías; por el otro, los trazos angulares de las antenas. La luna se dejaba ver hasta más tarde; mientras, un puñito de estrellas que se podían contar, casi, con Orión en el centro. El estruendo de arriba coincidía con los gritos de abajo: "¡mátalo, mátalo!", aullaban los hijitos del capitán. Y Leonor echaba el agua lentamente a los geranios, y esperaba con el cubo debajo de la maceta, hasta que caía la última gota. Seguía después con la primer lata de helechos; dos, tres jicarazos, y a esperar la salida lenta del agua.

—¿Te ayudo, abuelita?

—Sí, pero con cuidado.

El nieto menor era el más bueno, el que más la quería. El mayor se creía independiente, no hacía caso nunca y era respondón, sarcástico.

—A mí no me gustan las luchas, abuelita.

El menor se sentía orgulloso siendo como la madre y la abuela; el mayor, siendo distinto. El menor la ayudaba a regar las macetas; el mayor se burlaba porque a veces la había sorprendido hablando con un geranio: "sabes que estás un poco marchito", o con un helecho: "qué lindas hojitas nuevas tienes".

La vivienda era chica y el barrio no era bueno. Los vecinos: obreros, empleados pobres, solteronas retorcidas; abajo,

la familia del capitán. Leonor hubiera querido ver la calle, tener un balcón, siquiera una ventanita, pero las piezas daban a ese pasillo angosto, descubierto, pozo de luz para ellos y para los de abajo, a los cuales podían ver siempre, sin inclinarse siquiera sobre el barandal, y a los cuales oían siempre quisieran o no.

El pasillo y el barandal eran un bosque, un intrincado invernadero, con plantas que parecía imposible ver aclimatadas en esta altura seca de la ciudad. Tenía, por ejemplo, dos huacales de orquídeas, a los que conseguía ver florear una vez al año; los helechos crecían tan frondosos como en una gruta; había macetas con yerbas de olor, para usar en la cocina: yerbabuena, epazote, culantro, acuyo (que aquí en México le decían yerba santa). Leonor había cosido un toldo multicolor con retazos de ropas, de manteles y de sábanas viejas; espiaba al sol, que se descolgaba exactamente por las paredes, para interponer la tela entre los rayos directos y las plantas; así también las protegía en invierno del gran frío; se le ponían tristes, eso sí, pero aguantaban hasta el año siguiente, y entonces era un gusto verlas tirar sus hojas carcomidas por los negros dientes de la helada y sacar otras nuevas, lustrosas. Otras necesitaban sol, y había que moverlas cronométricamente, todo el día, según anduvieran los rayos; con el tiempo, había llegado a saber la hora por la posición de las hortensias o de los lirios rojos. Los mastuerzos eran los menos exigentes: crecían en latas, sol o sombra les daba lo mismo, se llenaban de flores y hacían cortina para la deprimente ruina de los muros.

—¡Abuelita, se está regando aquí el agua!

Ella corrió con la jerga, secó a tiempo. No podían permitir que escurriera ni una gota, porque la mujer del capitán habría empezado con sus insultos.

La palma fue la última. Le limpió las hojas con un trapito húmedo. El ruido de la arena vecina se hizo menos compacto. Ya salía la gente. El tumulto se volvía ralo, como un tejido desbaratándose. Un campanazo llegó desprovisto de sentido y unas últimas voces vinieron huecas, alejándose. El silencio adquiría después una calidad preciosa, en que el agua de los tinacos se volvía más agua que nunca. Así fue entonces.

—¿Ya hiciste tu tarea?

—Ya, abuelita.

El nieto miraba al cielo.

—Ahí viene la luna.

Ella la esperaba, porque entonces las plantas brillaban y daban sombras, como en el patio aquél de su casa. ¡Otatitlán! Y con el nombre del pueblo venían las amistades, la casa propia, y el esposo vivo, el río, la juventud.

—¿Ese es Orión?

—Ese.

—¿Y las Siete Cabrillas?

—Todavía no salen. Sí, allá, junto a la antena.

En 1889 había muerto la madre. La recordaba claramente, con el pelo suelto hasta las corvas y una voz aguda y afinada, entre los arcos del patio:

—“La palma

que en el bosque se mece, gentil,
tus sueños arrulló...”

La cantó a media voz y se oyó, como con oídos ajenos: destemplada y quebradiza, casi arrugada como la piel ¡esa era su voz! Pero el nieto siguió cantando, porque ella le había enseñado la canción de la palma.

Al nieto se le hacía raro oírle decir “mi mamá”. Le provocaba una incredulidad que no llegaba a formularse en palabras; era una sensación de que la abuela, tan antigua, no habría podido ser nunca una niña como él; entonces, la mamá de la abuela se transformaba en un ente casi mítico.

—¿De qué murió?

—De tétanos. Pisó un clavo en el patio...

—¿Ya era viejita?

—Tenía 35 años.

—¿Y tú cuántos tienes?

—Setenta y seis.

Ya era hora de acostarse. Alma, la hija, se cosía un vestido en el comedor. La pobre tendría que levantarse muy temprano para ir a la biblioteca. No estaba acostumbrada a trabajar y sufría luchando con los estudiantes; no sabía encontrar los libros ni se llevaba con las dos compañeras. Era el orgullo, el sentimiento de una clase social que no dependía de lo económico, sino de algo más sutil: en el pueblo eran alguien, una de las mejores familias, no por tener dinero, ni por la casa (todo mundo tenía casa propia), sino por la decencia, la educación. Y la gentuza las respetaba: “adiós, doña Leonor”, y “adiós, Almita”, con la conciencia de que ellas pertenecían a otra clase más alta.

El nieto empezaba siempre a desvestirse en el comedor. Habían subdividido los cuartos con cancelos de madera, dando así a las dos piezas únicas una estruc-

tura más humana: dos recámaras, sala y comedor.

La hija, aterrada, alzó los ojos de la tela: allá abajo tronaba la voz de la capitana.

—Mamá, ya escurrió agua.

Eran insultos directos y obscenos a las dos mujeres, y cada frase abría surco en la carne viva de todos sus pudores acumulados. Leonor oyó con atención entreabriendo la puerta.

—Sí, ha de haber goteado alguna maceta. Nos grita a nosotros.

—Es que ya no es posible, mamá. Hay que vender esas plantas. No se puede tenerlas aquí.

Leonor no dijo nada. ¡Vender las plantas! Como si una planta no fuera un ser vivo. ¿Y quién las cuidaría tanto? Recordó la carcelaria visión de ese único pedazo de aire libre, tal como estaba cuando se mudaron. Entonces nadie vivía abajo y pudo hacer en seis meses el milagro de la vegetación. Después vivieron dos hombres, vendedores o algo así; no se metían con ellas, llegaban muy tarde y el agua que goteaba no pareció preocuparles nunca. Después, llegaron el capitán y su familia.



Tal vez habría que vender o regalar las macetas. El militar había amenazado una vez, borracho, con acabarlas a balazos, pero ese miedo era menor, siendo la boca de la mujer mucho más efectiva para ellas que ninguna amenaza del hombre.

Ayudó al nieto a desvertirse.

—No lo ayudes, mamá. Debe acostumbrarse a hacerlo solo—. Alma se había vuelto áspera con el trabajo.

—No siempre va a tener abuela—. Era su respuesta de siempre, y siguió desvestiendo al niño. Luego, se sentó en el borde de la cama, lo hizo rezar.

—Cuéntame de tu casa.

“Tu casa” era aquella grande, en Otatitlán. “Tu casa” en realidad eran la juventud, la familia dispersa, la tierra caliente, y el pozo y el gran árbol de mango. La invitaba a hablar el nieto y Leonor se lanzaba a aquellos años; su memoria giraba lentamente, viendo todo, deteniéndose al azar en algún punto.

Había tenido dos novios: el primero se había ahogado en el río, con el segundo se había casado. Cada noche sostenía un largo monólogo que terminaba mucho después de que el nieto se había dormido. Él la oía mientras le era posible; veía las imágenes como despaciosos

fogonazos que se encendían en medio de ambos: eran evocadas, se formaban y se desvanecían, para dar lugar a otras. Aparecía de pronto una sala iluminada con quinqués; en el sofá, ella con el futuro esposo, platicando bajo la vigilancia de los padres. Esto vivía un instante, se borraba, y el tiempo seguía retrocediendo. Se encendían las antorchas sobre el agua, tocaba la campana de la iglesia y los cocos flotaban río abajo, llenos de aceite, con las mechas encendidas; pequeñas lámparas fúnebres, debían revelar el sitio donde estuvieran hundidos los cadáveres. La corriente se llenaba de lucecitas flotantes, que la gente seguía. Algo las detenía, daban vueltas en algún imperceptible remolino; todos gritaban desde las lanchas: “¡aquí está uno, aquí está uno!”. Un chapoteo: el mulato había saltado al agua, para bucear. Inútil, todo inútil. En la orilla la joven Leonor estaba rígida, llorando a gritos y sin darse cuenta de que lloraba, abrazada a un fantasma temblón que era la hermana del ahogado. Tres días después apareció él, dos pueblos más abajo, amoratado y espantoso, semidesnudo.

Ella contaba, y la imagen del cadáver fosforecía por un momento, ante el horror del nieto.

—¿Y lloraste mucho, abuelita?

—¿Qué si lloré? Ay, hijo.

Y las lágrimas corrían de nuevo sobre las arrugas, sorprendiendo y lacerando al niño.

Así era: cada recuerdo correspondía a una Leonor distinta, desaparecida ya. Todos los recuerdos eran una cadena incoherente, y era imposible precisar lo que unía a cada una de estas Leonores con las otras. Para esta última, que apenas era una cáscara, también resultaba un misterio contemplar hacia dentro y tener conciencia, de pronto, de que todo eso era ella, y de que el conjunto formaba su vida. Esa noción, “mi vida”, la llenaba de un terror pasajero, muy parecido a la comprensión de algo que nunca llegaba a precisarse.

Ahora el nieto se adormilaba. Preguntaba ya entre sueños, mezclaba las realidades caprichosamente. Ella seguía hablando, sin importarle la vigilia o la duermevela de su oyente, que de pronto abrió los ojos y preguntó:

—¿Y cuándo te mandan tus rentas?

—Muy pronto. La semana entrante, yo creo.

—Qué bueno—. Volvió a dormir, sonriendo.

Es que la casa aquella seguía en pie. Allá seguía estando el corredor, ileno de helechos; los inquilinos sin duda sacarían sus mecedores por las tardes, para recibir la brisa del río, y platicar, y tejer. La calle, empedrada, seguía teniendo un zacate afelpado; todavía brillaba tras las cortinas la luz de los quinqués. ¿O serían focos, ahora? Claro, serían focos. Y no podían volver allá porque Alma no terminaba con su juicio de divorcio, y porque había encontrado trabajo aquí; porque en el pueblo era más difícil ser pobres frente a los ojos de todos; por la escuela de los muchachos, y sobre todo, porque la inercia y el desgano las ataban a la ciudad, a la vivienda pobre del edificio miserable. Entonces, los inquilinos de Leonor mandaban las rentas, sesenta pesos, que a ella se servían para comprar muchas cosas: golosinas para el nieto más chico,

medias para la hija, un poco de comida extra para todos, cigarros (en secreto) para el nieto más grande, y de vez en cuando, algunos metros de tela negra para ella misma, cuando creía necesitar un nuevo vestido.

Dejó al nieto dormido, dio un beso a la hija, fue a acostarse. Ahora venía, como todas las noches, el largo insomnio.

La semana siguiente fue de molesta expectación. El dinero de la renta se retrasó, y aunque sólo Leonor y el nieto más chico se atrevían a expresar sus inquietudes, la familia entera acechaba cada llegada del cartero. El sobre llegó al fin, sin la mensualidad. Los inquilinos se quejaban, exigían reparaciones que parecían necesarias: el techo goteaba, había una puerta cayéndose, necesitaban pintar y repellar la fachada; proponían hacerlo ellos mismos con el dinero de las rentas.

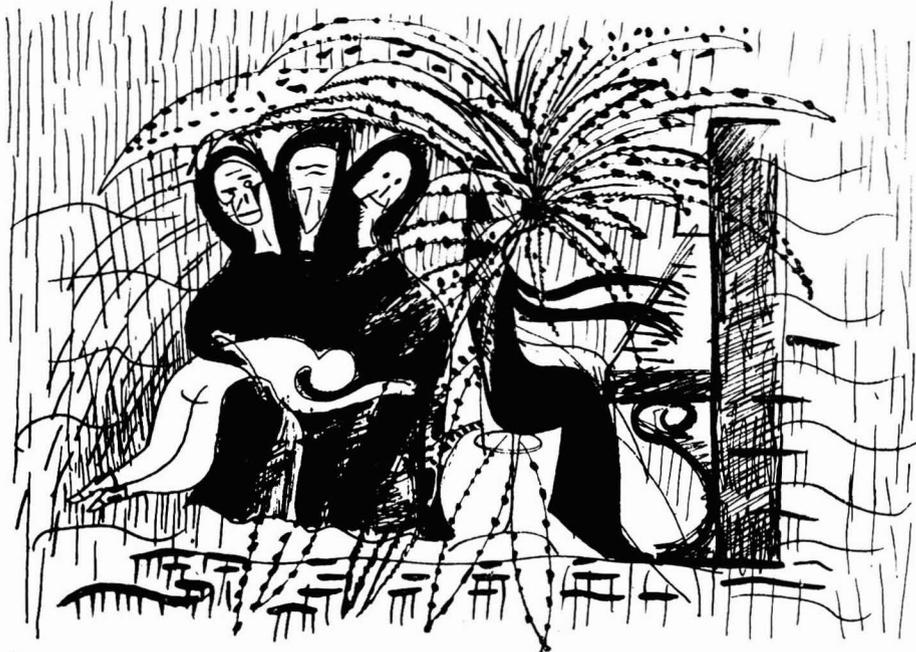
Hubo un consejo de familia en que, consternados, pesaron la perspectiva de varios meses sin el auxilio de aquellas mensualidades. Fue el nieto mayor el que lanzó la idea de elevarlas. Se harían las reparaciones, sí, pero después podrían cobrar más. Se vio que una carta no sería tan efectiva como una conversación, y se pensó que alguien debía vigilar el costo de todos los trabajos, para que así los inquilinos no echaran el gato a retozar. Por todo esto, Leonor decidió ir al pueblo. La hija y el nieto mayor protestaron: ¿a su edad? Pero ellos no podían hacer el viaje, una por el trabajo, el otro por su escuela. Y el impulso, una vez nacido, creció en Leonor: volver, antes de morirse, ver todo aquello, ver el río, ver la tumba de los padres. Hubo que aceptarlo: Leonor iría. Y como debía tener aunque fuera un mínimo de compañía, se acordó que también el niño fuera.

Minuciosamente, sin aparente excitación, prapalaron la salida. Alma pidió el dinero a Pensiones. La vieja y el niño sentían un miedo creciente: él, porque nunca había viajado; ella, porque iba a regresar. ¡Otatitlán! Ahora sus relatos al nieto se volvían más vivos, parecían proyectarse al futuro inmediato y no al pasado indefinido. El niño casi creía que iba a conocer a todas aquellas gentes pretéritas y difuntas.

—Papaloapam quiere decir "río de las mariposas"—, dijo la abuela alguna vez. Y él esperaba ver una corriente azul, llena con los vuelos multicolores de grandes animales.

—¡Y vas a ver el parque por las noches!—. Lleno de palmas y de árboles, oloroso a azahares, bajo una luna caliente y llena de insectos que crujían al paso de las dos corrientes opuestas: las muchachas en un círculo, el interior, los muchachos en otro, el exterior, caminando en sentido contrario y diciéndose "adióos, adióos" al encontrarse en cada vuelta. Las farolas de múltiples globos yerguen su escaso tamaño como encendidos racimos de uvas, y en cada luz se agolpan nubes de moscos, mayates, mariposas, catarinas negras. "Adiúos", y ahí empezaron los noviazgos de la comadre Chona, y de Rosita, y de Lala...

Volvía a describir las fiestas del Santuario: las gentes llegaban en cadenas tan densas y febriles como los cordones de hormigas cuando la lluvia se acerca. Más y más gente. Se les permitía dormir en la semi intemperie de los portales,



se improvisaban mesones. Seguían llegando lanchas, se hundían algunas, había muertos por riña, se veían caras extranjeras, centroamericanas, hasta peruanas. En la plaza había juegos: caballitos, volantines, ruedas de la fortuna desvenecijadas y peligrosas. Había ruletas, barajas, loterías. Había huapangos y bailes populares. Todo en honor del Cristo negro y milagrosísimo. Seguía llegando gente. Vendían telas y collares y objetos que no se veían en ninguna otra época. La iglesia parecía incendiada con tanta vela, y una negra costra de cera la recubría. Por la noche las calles hedían a humanidad, había borrachos, hasta mujeres malas. No cesaban los ruidos un momento.

—¿No es muy feo todo eso, abuelita?

—No, hijo. Es divino.

Y hacía estallar los cohetes y los fuegos artificiales en la imaginación del nieto, describía los danzantes que venían de tantas partes, con sus plumas y sus faldas, resumía todas las fiestas que había visto en su vida en una sola, desproporcionada, rugiente, pero hermosa, hermosa, y viva.

En la estación, mientras Alma y Leonor hablaban nimiedades, el nieto mayor creyó necesario asumir su papel de hermano grande, y dijo un discurso al niño:

—Sabes que ahora ya vas a ser un hombrecito. En el viaje tendrás que cuidar a abuelita, porque ella es viejita y tú eres hombre. Tienes que estar siem-

pre muy pendiente de ella y de todo lo que venga.

El niño asintió, feliz con la solemnidad, interiormente dispuesto a esperar cualquier peligro.

Desde el asiento de segunda dijeron adiós con la mano e instintivamente se abrazaron cuando el tren empezó a andar. Era de noche, porque así lo prefirió Leonor. Temía el bochorno, y su insomnio sería el mismo en la angulosa banca. Frente a ellos venían un estudiante parlanchín y un hombre del pueblo; pronto los dos empezaron a tomar pulque. El niño se durmió. Leonor permaneció rígida toda la noche, para no despertarlo.

Al abrir los ojos, el niño casi gritó:

—¡Todo está verde, abuelita!

—Claro, tonto, esto ya es tierra caliente.

En cada estación vendían cosas, y ellos compraban, y comían. El niño se lamentó casi cuando, más allá del medio día, llegaron al punto de trasbordo: el río. Leonor, agotada hasta ese instante, recuperó fuerzas de pronto:

—¡Mira, hijito, el Papaloapam!

Cruzaban el puente muy despacio, oyendo el ruido seco y batiente de las ruedas. Con los ojos muy abiertos, el niño apenas podía ocultar su decepción: —¿Y las mariposas?—, preguntó.

Pero ella no lo oía, perdida en la corriente parduzca de sensaciones y recuerdos. El agua lenta era la misma, tal vez más angosta, o menos clara, pero era la misma. El aire tenía de pronto un aroma turbio de barro levemente podrido, que Leonor había olvidado y que ahora le llenaba los ojos de lágrimas sensibles.

Bajaron aturridos, entumecidos, con los ojos muy abiertos. El suelo era arenoso, los pies se hundían un poco, y eso era nuevo y grato. Mucha gente corría a las lanchas, que el nieto contempló con codicia; pero también corrían otros hacia un camión destartado. Así aprendieron que ya había carretera, y que las lanchas eran mucho más caras. Aceptaron lo fatal, el camión trepidante en el camino polvoso. Veían el río a trechos, paralelo, asomando entre una vegetación enmarañada, cabrilleando a veces.



Entraron al pueblo dando tumbos, se detuvieron en un espacio baldío. El camionero los ayudó a bajar.

La luz de media tarde se desplomaba dolorosamente sobre los ojos. Entrece rrándolos, Leonor vio la iglesia, el palacio municipal... ¿Y los árboles? Fue como una puñalada: en vez del kiosko viejo había otro, muy feo, una estructura de cemento chata y sin gracia. Surgía en medio de un espacio vacío y descuidado, no había árboles, no había flores, y en vez de los racimos de globos luminosos unos postes largos y funcionales sostenían un fruto único y sin encanto.

Desorientada, tuvo Leonor que preguntar el camino. La comadre Chona casi no la reconoció, pero admiró la estatura del niño y sus finas facciones, cosa que él correspondió con una afecto secreto e instantáneo.

Descansaron toda la tarde. Al anoche cer, la comadre los llevó a caminar. Vieron el río, más angosto, domado ya por una presa y por varios canales de riego. Vieron las calles, asfaltadas unas, sin zacate ni pasto las otras. Era como otro pueblo: las pocas cosas reconocibles estaban estragadas o renovadas y no había rostros amigos; muertos y ruinas: el pueblo había sufrido una carcoma, por donde quiera había rastros de una lenta y minuciosa catástrofe. Algunas ancianas, sobrevivientes también, eran como espejos o ecos: las mismas arrugas, los mismos recuerdos, la misma nostalgia.

Se reunieron por la noche, bajo unos focos parpadeantes, más amarillentos y más trémulos que los remotos, resplandecientes quinqués. Desde un rincón, el niño las oía con fastidio, cinco ancianas enlutadas diciendo las mismas cosas que siempre decía la abuela. Hablaron del ahogado y una de las ancianas lloró: la hermana. Leonor lloró también y se consolaron mutuamente. Otra señora se levantó después y tocó algo en el piano vertical, los dedos torpes, el instrumento destemplado. Cantó después con voz chillona la misma canción de la abuela: "la palma que en el bosque se mece gentil...". Después siguieron contándose cosas, escenas, y todas eran tristes, aun las más alegres, porque todas tenían un sitio y una hora que ya no estaban al alcance de nadie. La comadre Chona trajo rompopé, que al niño le gustó mucho. Después dejó de oírlos para ver los helechos, la palma en la mesa de mármol, el espejo manchado, los mosaicos blancos y negros. Lo despertó suavemente la abuela:

—Anda, ven a acostarte.

Todos los focos, menos uno, estaban apagados: al piano, la tapa le escondía otra vez los dientes; las ancianas se habían desvanecido ya.

Al otro día fueron a la casa. Un fastidio mortal se había apoderado del niño y lo volvía grosero, respondón. Leonor discutió con él todo el camino y así evitó pensar lo que ya adivinaba. La realidad no fue un choque; sólo un dolor previsto, aunque más agudo por la riqueza de sus detalles. No había cortinas en las ventanas; donde había sido la sala estaba un tendajón y la gente salía y entraba con los pies sucios. Las piezas vacías y desvencijadas, los muros descascarados, los suelos carcomidos; donde fue la recámara de Alma, aquel cuartito azul y rosa, había una bodega de granos, olía a hu-



medad y una rata se dejó ver por un momento. El patio era una extensión salvaje y abandonada.

Los inquilinos hablaban y hablaban, explicando problemas e incomodidades, y Leonor buscaba con los ojos sitios vacíos. Qué pocos árboles quedaban. Y de pronto, un tocón grueso le sacudió glacialmente el corazón: ahí había estado el gran mango. Jamás entendió el inquilino porque cuando él hablaba de las goteras la anciana empezó a sollozar. Le dieron té de azahar y accedieron a que les subieran la renta. El nieto, arrepentido, apretaba la mano de Leonor y sabía con remordimiento que había sido grosero y malo. El mismo se castigó, no aceptando el dulce de piña y coco que le ofrecieron.

Vagamente, Leonor se excusaba:

—Es que todo ha cambiado tanto. Esta era mi recámara, aquélla la de mi hija... Todo ha cambiado...

Todavía fueron al cementerio. Leonor llevó flores a la tumba de sus padres. Era una lápida borrosa, casi ilegible, que lavó cuidadosamente y limpió de yerbas. Conservó en la mano un gran ramo de hortensias; el nieto preguntó por qué y ella tuvo pudor de contestar: eran para el primer novio, para el ahogado. Con el niño de la mano caminó lentamente, esquivando montículos. La vegetación, implacable, enmarañaba el suelo, ocultaba sepulcros. Había un calor vaporoso, en que las distancias se volvían trémulas; el aire olía fuertemente a yerbas y el zumbido de las chicharras era tan constante que daba la ilusión del silencio. Con regularidad caían, como gotas calientes, las dos notas intermitentes de una tórtola.

Bordearon fosas recién abiertas, enderezaron dos o tres cruces caídas. Nada era reconocible: había otros árboles, otras calles. La tumba del novio no apareció. Caminando a la salida, Leonor dejó el ramo en un monumento antiguo y agrietado, que quien sabe de quien fue. Gozó por un instante imaginando la grata sorpresa de los deudos, después compendió que aquel sepulcro viejo no le importaba a nadie, ni a ella misma.

Al día siguiente volvieron a México.

Cuando el capitán y su familia se mudaron, tres meses más tarde, hubo un júbilo general que Leonor compartió distraídamente. Esa noche Alma y los muchachos la ayudaron a regar las macetas. Llovían cubetazos arrojados sin precau-

ción, entre carcajadas. Hasta Leonor se alegró, viendo caer los torrentes sobre la vivienda de abajo, oscura ya, y vacía.

Al día siguiente yendo al mercado, un borracho la agredió sin ningún motivo. Tal vez la confundió con otra persona, tal vez lo ofendió la pulcritud de la anciana. Leonor gritó, recibió dos o tres golpes leves y regresó llorando a la casa. No lo pensó, pero supo vagamente que aquélla era la agresión de un lugar al que no pertenecía, que aquello formaba parte de los edificios altos y pobres, del distinto hablar de la gente, de los siempre amenazantes vehículos.

Por la noche, regando las macetas, pensó que la vivienda de abajo volvería a ocuparse muy pronto, que probablemente los vecinos serían otra vez groseros.

El agua caía en los tinacos y el patio era un simulacro de aquel otro que ya no existía en ninguna parte. Viendo al cielo, oyó al nieto cantar la canción de la palma. Algo había perdido sentido, tal vez la voluntad. Por un instante, pensó en tantos recuerdos que había depositado en la pequeña cabeza. ¿Qué pasaría con ellos? ¿Qué valía un recuerdo, qué significaba? La realidad era ésta: una vieja indiferente viendo al cielo, ruido de agua en tinacos, un dolor curioso, "como el de una planta arrancada, con las raíces al aire", pensó. Vagamente pensó también en la muerte, y en quién iría después a cuidar las plantas. Ahora la cansaba mucho regar. La cansaba todo, profundamente. Por un momento pensó que la cansaba vivir.

Al otro día empezó a regalar las macetas, y a venderlas por uno y dos pesos. No parecía importarle verlas salir, una a una, mientras el patio volvía a su aspecto carcelario. Pero al irse las últimas el nieto menor se fue a llorar detrás de una puerta.

Esa noche había luchas. Del cielo llegaba aquel tumulto, tan evidente que ya no era fácil notarlo. Alma cosía. Después, cuando los ruidos escasearon y la gente pareció evaporarse, salieron nieto y abuela, por costumbre, y se quedaron parados en el patio, lleno de aire limpio. El movimiento, inútil ahora, parecía adquirir otro significado que aún no supieran. El barandal vacío, las paredes desnudas, le trajeron una frase al niño: "me gustaban mucho las plantas", y un reproche que tampoco dijo, porque sabía que lloraría al pronunciarlo. Dijo mejor:

—Cuántas estrellas—, porque Leonor miraba al cielo.

En realidad, el rectángulo del cielo había cambiado de humor ahora que los muros estaban desnudos: como si antes tuviera alguna intimidad y ésta se hubiera roto; parecía como la casa de abajo: deshabitada. Leonor dejaba correr la mente, sin que nada se precisara. La imagen de sus plantas volvía mezclada con otras plantas y otros sitios. El niño preguntó:

—¿Cuánto dura una estrella?

—Quién sabe, hijo.

¿Y una planta? ¿Y uno? Una relación pavorosa quería brotar de todo, algo oscuro y amargo que se disolvió entre el ruido de los tinacos y el run-run de la máquina de coser.

Leonor dijo:

—Vamos a dormir, hijito. Ya es muy tarde.